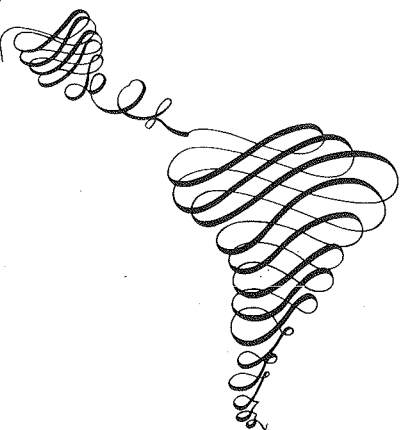




Los apóstatas del «destino manifiesto»: viaje de ida y vuelta

Tomás Mestre Vives *

UNO de los mejores manuales de historia contemporánea de América Latina, y sin lugar a dudas el mejor escrito por un latinoamericano, fue publicado en italiano en 1967 por un historiador argentino, traducido dos años después al español y editado sistemáticamente (1). Desde entonces, otros dos decenios, no sólo aumentaron en un diez por cien el tiempo histórico que abarca, sino que han trastocado, si no colapsado, los referentes y marcos de trabajo que supuso la gran crisis mundial inaugurada en 1929.

Finalmente el autor se rindió a la evidencia: su problema no era reactualizar añadiendo ese período adicional, sino y sobre todo revisar, recon-

* Profesor de Historia Moderna y Contemporánea de Iberoamérica. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense. Madrid.

(1) Tulio Halperin Donghi: *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid, 1969, 549 págs.

siderar, replantear. La puesta al día fue concluida en junio de 1988, con el resultado de la sustitución del capítulo 1930-1967, y el añadido hasta la actualidad. La obra ha crecido en 225 páginas.

En un breve y directo prólogo, el concienzudo autor confiesa las viejas insuficiencias. No es cosa del inevitable *Zeitgeist* de origen, que hacía del inmediato pasado algo demasiado borroso, sino la imagen, «ahora insostenible», que hacía implícitamente suya el presente y el futuro. Las fes rivales de la época se han infiltrado sin quererlo. Las perspectivas han cambiado radicalmente, pero alertado por no dejarse llevar por «las alucinadas desde hace veinte años».

Es una gran suerte que podamos manejar este texto. Puestos a esperar, habría merecido la pena que el autor hubiera retrasado su reactualización un par de años más. No habría sido lo mismo hacer interpretaciones caribeñas y centroamericanas a la luz de una perestroika ascendente que hacerlo con el eco del derrumbamiento del muro berlinés, con todo lo que ello ha llevado consigo, arrastrando incluso al propio mago del Kremlin.

Para el conjunto iberoamericano la hora de la verdad llegó a partir de agosto de 1982 con la catástrofe de la deuda exterior. Para la América Central y el Caribe como un todo, el conflicto político-militar ha sido el hecho más crudamente impactante.

En 1988, la política estadounidense en América Central estaba encharcada: el ejecutivo tiraba por un lado, a lo halcón. El legislativo frenaba o atascaba cualquier acción o política consistente que permitiera alcanzar los objetivos queridos por la Casa Blanca. Basándose en la situación de Honduras (plataforma de la «contra» nicaragüense), como anticipación de lo que se venía encima, Halperin Donghi no duda en afirmar «las consecuencias del fracaso ya inocultable de la política centroamericana del presidente Reagan, que no ha cosechado los resultados que buscaba en un área particularmente favorable para la reafirmación de la hegemonía norteamericana a través de la intensificación y militarización del conflicto ideológico». El revés, agrega Halperin, llega más lejos, pues para Reagan eliminar la disidencia nicaragüense era un paso para probar —«escandalosa excepción» cubana aparte—, que «el Caribe y el istmo siguen siendo, como lo fueron por casi un siglo, el “patio trasero” de los Estados Unidos; que esa disidencia no haya sido debelada corre riesgo de sugerir la conclusión opuesta» (3). Es decir, que si ante la opinión mun-

(3) *Ibidem*, pág. 750.

dial y hemisférica USA actuaba con su brutalidad y retorcimiento habituales, la profunda realidad era que se comportaba como un «tigre de papel» en su propia zona de seguridad.

Con todo, Halperin aclara que por grandes que sean las responsabilidades de Washington en la «desoladora situación» de la región, sus orígenes hay que encontrarlos en la región misma. Se refiere a la larga prosperidad de postguerra que concluía a finales de los años 60 y a la diversificación económica que ya antes acentuaban las desigualdades sociales de sus habitantes (4).

Todavía más. En la fragmentada Centroamérica, dentro de cada caparazón estatal, los ajustes de cuentas y rencillas tienen lugar entre las familias de origen habitualmente blanco, dominante, con apellidos que se repiten hasta la saciedad en la noche de los tiempos criollos. El *show* de los Chamorro en Nicaragua ha superado la tradicional pelea entre primos (5) para llevar la exhibición a niveles de hermanos arrojados siempre por la viuda de un marido asesinado por los somocistas. Las urnas la llevarían al poder presidencial desalojando a los sandinistas, con quienes se había aliado en la lucha contra Somoza para ser subsecuentemente echada por los sandinistas victoriosos que ya sólo se querían a sí mismos.

El crónico problema centroamericano

EL problema centroamericano lo dictaminó, hace más de un siglo, con total clarividencia y sin paliativos, uno de sus prohombres con ocasión de una amarga y colectiva experiencia. Se trata del llamamiento que el presidente salvadoreño Gerardo Santos hizo a su colega hondureño Santos Guardiola, a raíz del fusilamiento del filibustero William Walker, quien, invitado a participar en una guerra civil nicaragüense, terminó por arramblar con el país. Decía así don Gerardo: «Supuesto vamos a entrar en cierta calma, después del desenlace de la expedición de Walker, podíamos emplear ese tiempo en compactarnos para lo futuro, y no sólo estar prontos para conservar la integridad de nuestro territorio, sino para que se asegure la paz interior, bajo cuya única base puede prosperar el país. Yo sé que como están ahora las repúblicas de Centroamérica, están mal, porque no tienen medios de una existencia

(4) *Ibidem*, págs. 734-735.

(5) C. Shirley Christian: *Nicaragua: Revolución en la familia*. Barcelona, 1986, 334 págs.

segura y digna; dígolo de una vez: son parodias de nación, y sus gobiernos son parodias. Tengo derecho para decirlo, porque soy jefe de Estado y he andado medio mundo, tanto en Europa como en América, y sé muy bien lo que es una nación y gobierno; por tanto, creo que somos el ridículo personificado ante aquellos seres políticos que ocupan el globo. Mucho ha hecho la Providencia divina para salvarnos de los filibusteros, siendo visibles los milagros; temo que le canse nuestra inercia, y que un día nos abandone y caigamos en el abismo» (6).

Que la miseria ocasiona conflictos bélicos es pensar más bien antihistóricamente. El paso de la generación de las «esperanzas crecientes» a la de las «frustraciones crecientes» (la descolonización sólo en contados casos ha conllevado progreso) es lo que ha puesto al mundo en vilo. Desembocará en la sintética fórmula de confrontación Norte-Sur. Esto podría ser un alternativa al conflicto Este-Oeste engarzado en la guerra fría, pero también una yuxtaposición y aun una fusión.

En el hemisferio americano, USA no se encrespó contra la revolución boliviana (1952) ni contra la revolución peruana (1968), o, si se quiere, con la peronista. Las dos primeras supusieron sustanciosas expropiaciones. En ninguna de ellas se planteó ni insinuó una amenaza o desafío comunista con conexión en Moscú. El Chile de Allende habría corrido pareja suerte de no haber proyectado consecuentemente su propia y crónica ideología. Quebrantando dos décadas de no intervencionismo acorde con la política de buena voluntad, USA fomentó, en 1954, el derribo del régimen guatemalteco por vía armada, no para defender los intereses de la *United Fruit Company*, sino por la presencia comunista que se advertía dentro del poder centroizquierdista. Cinco años después la revolución cubana salía victoriosa con la final complicidad de Washington (Eisenhower llegó a embargar las armas a Batista como veinte años después Carter lo haría a Somoza), y allí surgió lo impensado a través del talento de Fidel Castro.

El revulsivo castrista

HERBERT L. Matthews, el gran periodista que diera a conocer al Castro sin eco de Sierra Maestra y que en 1969 lo biografiara, escribía ya en 1959: «Ha sido América Latina la que

(6) Cit. por Laudelino Moreno: *Historia de las Relaciones Interestatales de Centroamérica*. Madrid, ¿1928?, pág. 117.

despertó nuestra conciencia con acontecimientos tales como el viaje de Nixon, las revoluciones en Venezuela y Cuba y la intranquilidad en el Caribe. Está a nuestra puerta un mundo del que, en grado considerable, dependemos para nuestra existencia como potencia mundial. Si se nos priva de las materias primas de ese territorio o de sus mercados, nuestra economía y seguridad serían gravemente —y quizá vitalmente— afectadas. Es una zona en que no se puede permitir que una potencia enemiga avance un paso, porque es, estratégicamente, nuestro «punto flaco». No podemos ganar la guerra fría en América Latina, pero podemos perderla allí. El neutralismo o una yanquifobia profunda podría herirnos de gravedad. Vendrá el día en que Rusia haga su oferta a América Latina (7).

Lo que originalmente fue un simple mensaje coyuntural en un contexto concreto lo convirtió, mucho después, el tiempo, en doctrina. Monroe resucitaría para la eternidad difuso, profuso y proteico. Lo que hizo o no hizo USA en el hemisferio o en su inmediato «patio trasero» provino de correlaciones de fuerzas, no de declaraciones altisonantes. El uso y abuso del «curalotodo» monroísta terminó por envenenar, hipnotizar y semiidiotizar, no sólo al pueblo americano, sino a la propia clase política y dirigente.

Cuando Fidel Castro aparcó las florituras y determinó ser lo que vocacional o realmente era, arrojó los dados a la cara de Monroe y de Eisenhower. Por vez primera USA tuvo un desafío de verdad y no hizo nada, excepto el vergonzoso ridículo en Bahía de Cochinos, a cargo del recién inaugurado Kennedy, el mismo que año y medio después, en un arranque torero, puso al mundo al borde del abismo cuando un Jruschov crecido y aventurista decidió poner misiles nucleares en la Perla de las Antillas.

Con frecuencia los juegos exteriores los ha decidido USA con un todo o nada. Si los soviéticos sufrieron la gran humillación de 1962, Castro y su Cuba fueron literalmente ignorados. A cambio de la no presencia nuclear soviética, se garantizó a Cuba y su régimen, pero sin exigir similares garantías de que Cuba no llevaría sus injerencias ni intervenciones a otros países, porque parecía obvio que así debía ser. Una vez más el amateurismo de Washington reaprendería sobre la marcha. La réplica llegó en 1965 con un desembarco directo y masivo en República Dominicana, cortando en flor lo que a Johnson le pareció que podía ser una

(7) «Understanding Latin America», en H. L. Matthews (Ed.): *The United States and Latin America*. Nueva York, diciembre, 1959, pág. 1.

Cuba viva. Mientras, los cubanos intervenían donde les convenía, ayudando a la guerrilla contra algún régimen democrático (Venezuela de Betancourt) o creándola contra el país más lamentable (Bolivia, donde el Che Guevara en persona halló la muerte en 1967). Al fin y al cabo ya antes Castro había hablado de la posibilidad de crear Sierras Maestras en los Andes, que el «Che», remozándolo, tradujo luego en «un, dos, cien Vietnams». Entre tanto, la Alianza para el Progreso, ideada como antídoto contra las tentaciones revolucionarias, fue extinguiéndose en la nada porque uno de los prerequisites básicos, que algún filósofo de la región consideró como una nueva forma de intervencionismo, era la introducción de reformas en América Latina.

La resaca vietnamita-nixoniana llevó a la presidencia al apostólico Carter. Se inauguró un proceso de autoflagelación e inhibición. Fue el gran momento de una *détente* de verdad. La URSS lo aprovechó para desplegar unos nuevos misiles de precisión contra Europa, invadir Afganistán, llevar cubanos en cantidad a Angola y al Cuerno de Africa. La humillación final fue para Carter: el secuestro por Jomeiny en Irán de la Embajada de EE.UU.

En este contexto se vino abajo el impresentable somozismo. Lo que los herederos del general Sandino no consiguieron en cuarenta o más años lo iban a lograr en poco más de uno, al igual que los panameños lograrían por tratado la total nacionalización del Canal y la evacuación de las tropas americanas para fin de siglo. Los dirigentes sandinistas prometieron un régimen pluralista, de economía mixta y no alineado. Esto significaba a un tiempo mucho y nada. Pero las palabras obran prodigios. La Guardia Nacional vio cómo se bloqueaba su suministro de armas y municiones y cómo la creciente guerrilla operaba desde el santuario de Costa Rica.

El triunfo sandinista

LLEGADA la victoria a los pocos meses estallaba el conflicto en El Salvador vecino. Eso constituyó una tentación irresistible para los nuevos dirigentes de Managua. Como subrayaría Alain Touraine, en el régimen sandinista una lógica central manda la *lucha antiimperialista*. Sus comandantes «controlan un poder sin repartirlo con nadie. Pueden reforzar su control sobre el país o, por el contrario, dar al exterior la imagen de una democracia pluralista». E insiste más adelante: «Nicaragua persigue la creación de un poder centralizado, ampliamente

te militarizado, que responde a una amenaza exterior, y a su vez la incrementa, más que a una lógica interna de transformación social» (8).

Las luces rojas se encendieron una vez más. Sin esperar a Reagan, USA cortó la sustanciosa ayuda económica a Nicaragua, como represalia al envío de armas a los rebeldes salvadoreños (9).

Como suele ser habitual, Presidencia y Congreso estadounidenses nunca se pusieron de acuerdo en la metodología a aplicar, aunque coincidieran en no querer una nueva Cuba. También los soviéticos fueron más cautos, casi como los cubanos, pero por aquella brecha metodológica maniobraron con habilidad los revolucionarios y patosamente los demás.

Ni siquiera la militancia revolucionaria apunta a factores económicos como causa del intervencionismo de USA, admitiendo incluso que obedece a la imagen que se da de su propia seguridad nacional. Así, en 1977, una experta del Departamento de Estado constataba que «contrariamente a lo que la mayoría de los latinoamericanos piensan, los intereses económicos de Estados Unidos en América Central son algo limitados. Nuestro comercio total con la región es de alrededor de 1.800 millones de dólares, menos del uno por ciento del comercio exterior de los Estados Unidos. La inversión norteamericana en la zona es de aproximadamente 700 millones de dólares, 0,5 por 100 de la inversión extranjera directa norteamericana y la región no posee ninguna materia prima estratégica». En cambio, Reagan, proclamó la vertiente geopolítica en un discurso a la nación en 1986: hacía hincapié en el efecto dominó de un control soviético-cubano de Nicaragua, que afectaría a sus vecinos y al propio México, y recordaba que Centroamérica es estratégica para nuestra alianza occidental, hecho siempre comprendido por los ejércitos extranjeros. En la Segunda Guerra Mundial, sólo unos cuantos submarinos alemanes, operando desde bases situadas a 4.000 millas de distancia (...) produjeron pérdidas paralizadoras para la navegación norteamericana muy cerca de nuestras costas meridionales» (10).

Reagan no hacía sino echar mano del Informe de la Comisión Presidencial Bipartita de los Estados Unidos sobre Centroamérica («Informe Kissinger», completado a comienzos de 1984). Puede decirse que virtualmente no sirvió para nada. Tal era el divorcio entre el ejecutivo y el

(8) Alain Touraine: *América Latina: Política y Sociedad*. Madrid, 1989, págs. 328-329 y 332.

(9) Christian, *ob. cit.*, pág. 201.

(10) Cit. por Tito Drago: *Centroamérica, una paz posible*. Madrid, 1988, págs. 60-61 y 97.

legislativo, en un país donde aun la propia clase política no se sonroja por su analfabetismo geográfico. El fantasma de Vietnam recorría el subconsciente colectivo. El confuso tinglado constitucional para la política exterior y el uso de la fuerza hacía el resto. Fue así como el Gobierno de EE.UU. recurrió a todo tipo de artimañas, argucias, engaños y demás variantes, incluidas prácticas mafiosas, para llevar adelante lo que pretendía ser una política.

El sistema permitía hacer algo traumático e instantáneo (Granada 1983, o, ya con Bush, Panamá 1989), pero rehuía cualquier esfuerzo o desafío que implicara constancia y sobre todo peligro. Es posible que sea el síndrome de Rambo. Y en tal sentido Washington si presumía la permanencia o el acceso comunista en la región, boicoteaba y aun amenazaba a los varios intentos de arreglos regionales que van de Contadora al Plan Arias.

Ante este impase, al que hacía referencia Halperin, lo aconsejable habría sido proceder abiertamente y sin tapujos a una finlandización, de la que tan ufanos estaban los soviéticos: que el país o región en cuestión se den el sistema político que deseen, pero que de ninguna manera surja un desafío geoestratégico directo o indirecto, máxime en una zona tan sensible como la centroamericana (11).

Un excelente historiador, que formó parte del equipo Kennedy, escribía sin contemplaciones: «La ideología halló expresión en una retórica sin freno: el interés generalmente refrenó la acción. La trompeta siguió sonando, pero las tropas sólo marcharon cuando el enemigo, como Granada, no tenía ejército, ni armada ni fuerza aérea. La política exterior de Reagan siguió siendo una larga lucha crepuscular entre el ladrillo y la mordida. La mezcla, es menester añadir, pareció apropiada al pueblo americano. La militancia en la retórica gratificaba su sentimiento de la iniquidad soviética y el poder y la virtud americanos. La moderación en la acción les aseguraba que una charla inmoderada no haría estallar el mundo» (12).

Un experimentado revolucionario francés, de vuelta, tuvo una ade-

(11) Cf. mi contribución al debate *Crisis e intervención en Centroamérica* (17-18 mayo 1987), Madrid, 1988, 106 págs. (Publicación INCI, n.º 18). Cf. también Tomás Mestre, «USA: ¿Con, Frente, Contra o Sin su Hemisferio?», *Revista Interamericana Revie* (Puerto Rico), II, 3, otoño 1972, págs. 312-322.

(12) Arthur M. Schlesinger, Jr., *Los ciclos de la historia americana*, Madrid, 1988, pág. 75.

cuada apreciación del momento centroamericano: «También en la familia comunista triunfa el individualismo. El revolucionario salvadoreño conoce de antemano su soledad y que, si es preciso, será sacrificado por Nicaragua; que, a su vez, sabe que Cuba no acudirá en su ayuda; que, quizás Cuba ha percibido la confesión de la Unión Soviética, a la que cada movimiento que desplaza las líneas hace temer un suplemento de peligros mucho más que de ganancia» (13). Pocos años después, el imprevisible hundimiento soviético (que se ha demostrado requisito básico y determinante) deshizo el nudo gordiano en Centroamérica como en tantísimas otras partes, y hasta Fidel Castro comenzó a fusilar a entrañables generales.

Pero ya el agudo Touraine había percibido que en lo revolucionario latinoamericano había más de mitología que de realidad: «La boina negra del *Che* es la imagen más fuerte que la América Latina ha transmitido al mundo desde el sombrero inmenso de Zapata (...). Pero si la figura del *Che* vivo o muerto (...) tuvo y sigue teniendo una excepcional fuerza de atracción, ¿no es porque la política latinoamericana en su conjunto ha sido siempre tan poco revolucionaria, tan poco radical, tan constantemente orientada hacia la integración y el compromiso, tan dependiente, sobre todo, de los créditos y de las decisiones procedentes del exterior? (...) su culto esconde la mala conciencia de un continente que vuelve la espalda a la revolución (...)» (14).

La doble cara de México

LA marca antigringa por excelencia es propiedad de México. O era. Allí el antiamericanismo siempre ha obrado portentos anestesiantes, sobre todo en manos de la oligarquía. México ha conjugado a la perfección la total complacencia con el régimen cubano, el sandinismo y la guerrilla salvadoreña al tiempo que aplastaba por completo cualquier intento guerrillero dentro de su propio territorio sin el más leve comentario de La Habana. El antigringuismo tampoco impide que la burguesía mexicana desvíe sus capitales hacia el «coloso del Norte». A pesar de todo también la retórica antiimperialista se ha conjugado mal

(13) Régis Debray, *Los Imperios contra Europa*, Barcelona, 1985, pág. 175.

(14) Touraine, *ob. cit.*, págs. 345-346.

con la represión y la tramposa política internas. Finalmente, con un país económicamente en bancarota, el presidente Salinas de Gortari ha iniciado una apertura total hacia el gran vecino con el que pretende fundirse económicamente. También el pulpesco PRI es objeto de profundas revisiones para coadyuvar a la modernización del país institucionalmente revolucionario. La población aplaude totalmente la nueva política, quedando una vez más descabalgado el ahora arqueológico cosmos de la izquierda tradicional. El semiderrumbe y caos interno ya no podía imputarse al eterno gringo.

Cuando en 1976 López Portillo tomó la antorcha presidencial, coincidió con los nuevos hallazgos petrolíferos que dispararon el júbilo nacional: halló el país endeudado por 25.000 millones de dólares y al finalizar su mandato lo dejó en bancarota por más del triple. Entretanto reprendió públicamente la política de Carter, brindó por los sandinistas y visitó Cuba.

Un comprometido experto mexicano expresó a la perfección el efecto «desbilaterizador» de la política centroamericana de su país respecto a EE.UU., puesto que empezaba a «contagiar» o «contaminar» los demás aspectos de la relación bilateral. Fue México quien inauguró la crisis de la deuda exterior iberoamericana, y el gobierno De la Madrid (1982-88) no podía justificar tensiones y conflictos con USA, provocados por un asunto de menor importancia para México, al tiempo que buscaba dinero y ayuda de Washington. «El hecho de que nuestra política hacia Centroamérica carecía de sentido si no era contraria a la de Estados Unidos nunca fue explicado; nunca se aclaró que si nuestros intereses y los de ellos eran iguales, los norteamericanos los defendían mejor que nosotros, mientras que si nuestros intereses eran distintos, no podían ser complementarios sino opuestos. Por lo tanto, cuando el costo de las divergencias comenzó a parecer excesivo, y cuando el principismo de Contadora empezó a toparse con las duras realidades del istmo, se esfumó cualquier apoyo interno para una postura centroamericana incomprensible para unos, indefendible para otros» (15).

(15) Jorge G. Castañeda: *México: el futuro en juego*. México, 1987, pág. 163. El actual ministro de Relaciones Exteriores de México, Fernando Solana, tras cubrirse con una inocua declaración en contra de una intervención en Cuba, añadía: «Cada país es libre de vender o no vender sus productos o de comprar o no comprar los productos que desee», levantando asépticamente acta del embargo norteamericano. *La Vanguardia*, 17 mayo 1992.

Revolución = + azúcar

JOSÉ Martí, deificado por Fidel Castro, escribía en 1883 que un pueblo cometía suicidio el día en que basaba su existencia en una sola cosecha. En su mítica autodefensa —«La historia me absolverá»— el rebelde barbudo, hoy autócrata de Cuba, venía a decir lo mismo. La enormidad de la ayuda soviética comprando azúcar cubano a precios desorbitados, añadido a otras succulentas dádivas (unido a la deuda externa contraída con Occidente) significaron una enorme ayuda para Cuba, que se ha mantenido en estado de alegría permanente sin haber modificado realmente la economía en el sentido rentable y no subsidiado. Una pluma voluntariosa y acrítica siempre presta a aplaudir la última ocurrencia del Comandante Máximo, justificaba el redescubrimiento azucarero de Castro no como una anomalía provechosa, sino como algo natural, no imputable a ningún maná providencial sino como un derecho divino sin más (16).

Después de un tercio de siglo de revolución lo único que realmente sabe producir Cuba en cantidad es azúcar, a pesar de la persistente miseria de sus precios, pero ahora tiene que comercialarlo a precios internacionales. Diríase que el destino manifiesto de la isla puede ser con, sin o contra Estados Unidos, pero la formulación matemática es que el destino manifiesto de Cuba es producir azúcar, y esto lo ha certificado Fidel Castro durante décadas. En una orden del día al Ejército Rojo, Stalin decía que los Hitler van y vienen, pero los alemanes se quedan, y eso ha quedado muy claro. Tal vez alguien habría podido recordar que los Castro van y vienen pero los cubanos (y los Estados Unidos) se quedan. Tenía razón Debray cuando escribía que la supremacía americana sobre su zona de influencia actúa como un narcótico; la supremacía soviética, por el contrario, opera sobre la suya como un revulsivo que ha despertado a más de un país. En todo caso este revolucionario reciclado advierte sin más dilación: «Si todavía existen iluminados capaces de creer que tal o cual nación está predestinada al dominio, para su gloria o su oprobio, y que el dominio o es un vicio o una superioridad congénitos, tales provincianos achican la historia y la geografía a la medida de efímeras presiones. La lógica del dominio no tiene soporte, color ni religión

(16) Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI (Cf. cambiantes ediciones en distintas ciudades a partir del original de 1971).

oficiales. Fue tanto árabe como española, británica, japonesa, cristiana, musulmana, sintoísta, confuciana; cobriza, amarilla, blanca. Como podrá ser de aquí a mil años negra, brasileña o nigeriana, y ejercerse del sur hacia el norte» (17). O sea, que el que no se consuela es porque no quiere. Venustiano Carranza, cuando estaba en apuros, recurría a «crear el incidente con el yanqui»; éste ha sido un deporte proverbial en la Iberoamérica de derechas o de izquierdas, pero casi siempre sus fautores sabían cuáles eran los límites o no los traspasaban conscientemente. El castrismo fue la primera gran excepción. Quiso romper y rompió con el imperialismo y, en consecuencia, como señala Touraine, es «una lógica de guerra internacional lo que domina la política cubana y lo que da una prioridad absoluta a la formación de un poder absoluto sobre el aumento de la capacidad de iniciativa económica y social», aunque ello suponga «un grado excepcionalmente elevado de dependencia económica respecto a la Unión Soviética y su sistema político sigue completamente dominado por el enfrentamiento con los Estados Unidos» (18).

En una década USA se ha convertido del país más acreedor en el más deudor del mundo. Pero Iberoamérica ha tocado fondo. Pide a gritos lo que antes denominaba el «saqueo». Para oír hablar de imperialismo, dependencia, industrialización por sustitución de importaciones y demás conceptos que no hace tanto hacían furor, habrá que ir a la universidad, que en aquella región suele destilar siempre pensamiento exótico o de retaguardia. Unido al hundimiento de la realidad comunista que ha arrasado consigo la utopía, entenderemos por qué aquella región se afana de pronto en comprender lo que ha rehusado aceptar en generaciones. En tal sentido, cobran plenamente sentido las palabras de otro intelectual reconvertido: «Si el Dios del comunismo ya no existe, para conservar la fe queda el diablo de la hegemonía estadounidense. Puede mantenerse de este modo, a fuerza de reseñar desastres e infamias, la esperanza de una inexistente alternativa. Cabe incluso aferrarse, apoyándose en una idealización estrictamente reaccionaria, a los últimos mitos del pasado, como el castrismo, en su calidad de adversario de las fuerzas del Mal dirigidas por el guionista perverso. Y alentar bajo cuerda la añeja desconfianza hacia la democracia. Se trata de un radicalismo de consolación muy adecuado para tiempos de impotencia» (19).

(17) Debray, *ob. cit.*, págs. 97 y 117.

(18) Touraine, *ob. cit.*, pág. 343.

(19) Antonio Elorza: «La encrucijada». *El País*, 15 de mayo 1992.